

El grillo

A José Pedroni

Venía de la noche
con su mundo sonoro
y su estrella.

Y en un rincón se puso,
temeroso, a tañer.
Su música jovial
era un eco del prado y de la noche,
del viento, de la tarde y de la lluvia,
de la acequia y del álamo,
de los tallos calientes,
de la luz campesina.

En las paredes de mi cuarto solo,
entre tristes papeles,
cárcel de mis afanes y yunque de mis sueños,
resuena alegremente
su canto de alegría.

-¡Oh, grillo fraternal! – le dije – a mi morada
llegas con tu canción y tu inocencia;
eres la invitación a la nostalgia
de mis tardes de canto y de silencio,
la dulce invitación hacia el retorno,
junto a los cerros donde el cielo canta,
donde el valle se duerme
con el rumor del agua!

Un llamado hacia aquellos potreros
que peñara el arado
con su caricia masculina y honda,
hace ya mucho tiempo.

¡Oh, mensajero fraternal, que vienes
con tu nocturno aliento,
a traerme la infancia
con su pérdida dulcedumbre!
Yo necesito de tu fresca flauta,
diminuto poeta.
Yo necesito de tu voz
porque es humilde y pulcra
como una gota de rocío,
porque la inspira la sagrada
naturaleza, el viento,
la hierba y los terrones,
y sobre todo, la noche desvelada
de estrellas y silencio.

Yo necesito de tu voz amiga,
inocente y dichosa.
Para mi cuerpo triste,
para mis dudas hondas,
para mi sed eterna,
el agua de tu canto.

El poeta eres tú,
que cantas porque sí, y a toda voz
y a todo vuelo de alma,
a toda libertad y a todo
sentimiento,
y sin pensar en la alabanza ajena,
ni en que te escuche o te comprenda nadie.

Completamente libre
libre de ti, que es el supremo alarde,
libre como el arroyo o como el pájaro,
y fuerte y nuevo y solo,
eres poeta.

Lo primero es ser fiel a este destino,
y darse al rito de la voz interna

aunque la vida nos desgarre luego.

Sólo el que sabe ser lo que es se salva;
lo demás, transitorio de la vida,
poco importa al que canta.
No muere en cada día
ni se lo lleva el viento.
La fatiga se ensaña con aquellos
que no se dan a sus caminos propios...

¡Gracias por tu visita, compañero,
y quédate a mi lado,
y enséñame de nuevo tu canción milenaria,
sencilla como el día,
que fue mía en un tiempo,
allá en mis viejos lares
campesinos!

Viento de eternidad trajo tu canto,
tan imprevisto y puro.
Habrá ilusión en la vigilia dulce
mientras alguien demuestre que es poeta
como lo eres tú.
Quédate, compañero. ¡Todavía
podré cantar
aunque me duela el canto!